

Andréa Balart-Perrier

Lisa Lyon Barthes y el arte



φ

Fée Éditions

Intemperie Ediciones

Lyon

Andréa Balart-Perrier

Lisa Lyon Barthes y el arte

φ

Fée Éditions

Intemperie Ediciones

Lyon

© Andréa Balart-Perrier, 2025.

© Fée Éditions / Intemperie Ediciones, 2025.

41 Quai Joseph Gillet, 69004, Lyon, France.

Andréa Balart-Perrier (de nacimiento Andrea Francisca Balart Armendariz, Santiago de Chile, 1980) es una escritora y abogada de derechos humanos, francesa, chilena, española. Escribe literatura hace 20 años, y es autora de más de 100 libros, publicados en Fée Éditions / Intemperie Ediciones, entre los que destacan la serie de novelas: Lisa. Cofundadora, directora y editora de Simone // Revista / Revue / Journal. Activista feminista, participa hace más de cinco años en agrupaciones feministas militantes. Trabajó diez años como abogada, entre ellos cuatro años en la oficina de UNICEF (Naciones Unidas) en Santiago de Chile. Máster por la facultad de filosofía de la Universitat de Barcelona, y completó cuatro años de estudios de doctorado en filosofía y literatura (candidata a doctora) por la misma universidad. Máster por la facultad de filosofía y literatura de la Universidad Adolfo Ibáñez de Chile. Franco-chilena-catalano-vasca, vive en Lyon, Francia, desde hace más de una década (Lyon Ciudad de la Literatura UNESCO).

Imagen original de portada © Piedad Esguep Nogués. Montgat Nord, Catalunya, España.

eng. Andréa Balart-Perrier (born Andrea Francisca Balart Armendariz, Santiago de Chile, 1980) is a French, Chilean, Spanish writer and human rights lawyer. She has been writing literature for 20 years, and is the author of more than 100 books, published by Fée Éditions / Intemperie Ediciones, including the series of novels: Lisa. Co-founder, director and editor of Simone // Revista / Revue / Journal. Feminist activist, she has been participating for more than five years in militant feminist groups. She worked for ten years as a lawyer, including four years at the UNICEF (United Nations) office in Santiago de Chile. She holds a Master's degree from the Faculty of Philosophy at the University of Barcelona, and completed four years of doctoral studies in philosophy and literature (Ph.D. candidate) at the same university. Master's degree from the Faculty of Philosophy and Literature at the Universidad Adolfo Ibáñez in Chile. French-Chilean-Catalan-Basque, she has been living in Lyon, France, for more than a decade (Lyon UNESCO City of Literature).

Lisa Lyon Barthes y el arte

Para Matías López Navajas.

“Nuestro arte es un estar deslumbrado por la verdad: lo único verdadero es la luz en el rostro monstruoso que retrocede.”

Franz Kafka

Índice

Prefacio	p. 13
Ventanas	p. 15
II	p. 15
III	p. 16
IV	p. 17
V	p. 18
VI	p. 19
VII	p. 21
VIII	p. 22
IX	p. 22
X	p. 23
XI	p. 23
XII	p. 24
XIII	p. 25
XIV	p. 25

Prefacio

Lisa Lyon Barthes y el arte es una novela que escribí en lo que se proyectaba como vacaciones en la ciudad de Barcelona, durante el mes de agosto de 2025. La escribí en tres días en un piso en la Barceloneta mirando plantas por la ventana. Es la continuación de la novela *Lisa Barthes y la ficción* (que está dividida en nueve libros), pero como casi todas mis obras, es una obra independiente que puede leerse sin necesidad de leer nada más. Es este un verano especialmente caluroso, y he disfrutado mucho yendo a la playa y nadando en el mar. También leyendo a Kafka e imaginando, como siempre, obras posibles, presentes, futuras, pasadas, o donde sea que estén ubicadas en la línea de tiempo. Gozo de la literatura como si fuera un niño en un parque de diversiones, nunca he podido superar esa alegría profunda que siento al encontrar tesoros en los libros, es tal vez lo que me permite la vida. También el encuentro con los amigos y amigas que habitan esta ciudad que llevo muy cerca de mi naturaleza curiosa y afable. No olvidemos que estamos en la mitad de la vida, la semana pasada celebré el cumpleaños de mi amiga Piedad en el pueblo de Montgat Nord, con quien he recorrido aventuras desde hace casi treinta largos años. Lo que queda es disfrutar y escribir. Calmarse un poco con las preguntas que desvelan, y seguir el intento de la imaginación desbordante, que es lo que siempre tuve. Estoy muy agradecida del encuentro con quienes permiten la literatura y la vida. El verano siempre me sorprende y me inspira (el sol, la amistad, el humor y los libros sin duda hacen su parte).

Gracias.

Andréa Balart-Perrier

Barcelona, 23 de agosto de 2025.

Ventanas

Conocí a un escritor y estuvimos conversando sobre la calidad literaria de los lugares. No llegamos a un acuerdo. Pero tal vez no hacía falta. Porque en qué consiste eso, tal vez ahí estaba la imposibilidad del acuerdo. Lo que lo inspira a él quizá no es lo mismo que me inspira a mí, es muy probable. Fuimos a una librería que se llama Finestres, ventanas, en catalán. Un lugar fascinante. En realidad yo llegué antes y nos encontramos ahí, en la cafetería que queda al final de todo, con paredes cubiertas de vegetación y agua que cae por las paredes como si fuera una cascada. Recorrí las estanterías observando los libros en catalán, castellano, francés, inglés. Sillones instalados en diversos lugares para sentarse a leer, con lámparas de pie, que daban al espacio el aspecto de estar en el salón de tu casa, con extraños que quieren dedicarse a lo mismo que tú, que en el fondo entienden esa fascinación por la magia de las letras agrupadas en esas páginas que son la vida completa. Samson, así se llama el escritor, me habló del origen del lugar y anécdotas relativas a esto, lo sabía todo. Tomamos una cerveza en la cafetería, era tarde para café, y luego, como todos los días, hay que dormir, y el café a veces lo impide. Otras cosas también lo impiden. Lo que se lo impide a él no debe ser lo mismo que a mí, igual que la calidad literaria de los lugares, pero en el café hay algo universal que supongo coincidimos (es más fácil). ¿Encontré ventanas? No tengo idea, pero pasé un buen momento. Me entusiasma siempre hablar de libros, editoriales e historias inverosímiles, como perder tu biblioteca entera y todas tus películas. No hay recuperación posible a algo así, pero él está sano y salvo, así es que creo que puede uno salir adelante. Quizá aprendes cosas, de ti mismo, de la relación con los objetos, cuando les entregamos calidades sobrenaturales, como a los lugares, a las ventanas, a las palabras y a los pájaros extinguidos por la corriente. Tal vez la literatura trata sobre eso, inventar calidades sobrenaturales y entregárselas a las cosas, como una posta, para que nos vayan acompañando, sobre todo cuando el café, o alguna otra cosa, nos impide dormir. Imaginar esas ventanas hasta que se abran, y entonces sea la vida, la que vinimos a buscar a la librería, y nos encontramos con otra cosa, pero que nunca, nunca podemos identificar, porque la literatura también es enigma, y ahí está toda su naturaleza superior.

II

De qué se trata escribir. Esta pregunta vuelve y vuelve. Pero sin volver exactamente, porque lo que uno está preguntándose en verdad es por los sucesos que permiten la literatura. Esas fotos de cables eléctricos y editoriales de la clandestinidad.

Es como las vacaciones, partes sin saber adónde vas. Partes no más. Eso tiene que suceder. Para que llegue lo otro. Partir. Luego lo otro, tal vez. Lo importante es que escribir es la noción borrosa de destinos posibles. De librerías y crepúsculos. De arena hirviendo y olas en la piel desnuda. Yo siempre quise llegar al mar. Intuía secretos submarinos. Sugerencias que no se veían a simple vista. Ahora me expando con cada detalle cuando hago mía la sustancia de esta ciudad perdida. Esta ciudad que nunca sé con exactitud de qué está compuesta porque es como que se transformara en cada vuelta. Partí un día y llegué a su puerto. He vuelto una y mil veces, y siempre es distinto. El agua cristalina, apacible. Siempre hay promesas de literatura. Esa es la gracia. La literatura sabe hacer las promesas correctas. Las necesarias para seguir nadando y luego observar el mar desde la playa. Perderse en esa inmensidad. Es lo mismo con la ciudad. No puedo abarcarla, y cada vez se regenera. Por eso vuelvo, por eso vivo. Por eso escribo, y por eso abro ventanas y puertas. Porque la sorpresa no puedo inventarla, pero siempre está ahí.

III

La historia de Samson el escritor no comienza en realidad en una librería, sería demasiado evidente. Tal vez la historia les gustó, a mí también, pero comienza antes. Cuándo comienza la historia de un escritor. ¿Cuándo toma la pluma por primera vez? ¿Cuándo escribe algo que parece literatura? Qué es lo que parece literatura. Qué es la literatura. Pero no nos vayamos tan lejos, concentrémonos en la historia de Samson el escritor, y no en su literatura, la cual conozco muy poco todavía como para aventurarme en ese plano. A él casi no lo conozco tampoco. Pero conozco su casa. Así es. Pero a él sólo lo vi en una librería. Cómo puede darse este fenómeno extraño, inverosímil y literario. Es tal vez esta una historia de ciencia ficción. Es posible. Cuando las cosas tienen calidades sobrenaturales puede ser perfectamente ciencia ficción. Juro que conocí su casa, pero él no estaba ahí, de hecho no había nadie, un último piso de un edificio en el centro de Barcelona, donde los treinta y siete grados mantenían el aire detenido incluso en la terraza que daba a la ciudad casi completa. El atardecer tenía tintes anaranjados que permitían olvidar el calor y recordar los secretos de esta ciudad misteriosa e intensa como no he conocido otra. Ahí estuve, en su casa. Con un café en la mañana en esa terraza, y una cerveza al atardecer, para recordar una por una todas las aventuras de esta ciudad descabellada: no. Sería imposible recordarlo todo, y además no hace falta. Porque dijimos que todo se regenera. Yo siempre prefiero lo descabellado a la nostalgia. Las explosiones de colores y nadar en ese mar sublime sin recordar absolutamente nada: mucho mejor así. Pero a la literatura le gusta recordar, aunque le gusta sobre todo, olvidar. Es su pasatiempo preferido, olvidar todo lo anterior para comenzar historias

como que nunca hubiese habido otras antes. Tal vez aquí van a pensar que comienza la historia de Samson el escritor, pero no comienza nada, o tal vez es efectivamente aquí cuando todo comienza. En esa terraza del crepúsculo anaranjado. Quisiera yo que comience algo, pero sé cómo son estas cosas, la literatura es siempre más fuerte y sigue su propio camino. Digámoslo: la historia de Samson el escritor es mi historia de Samson el escritor. Cuántas versiones hay de cada historia. De acuerdo, la mía comienza en la terraza hirviendo con quitasol verde y el sol perdiéndose en los edificios para dejar atrás el color naranja intenso como la textura del fuego que anima esta ciudad. Samson el escritor se ha fundido cuántas veces con el paisaje en esa terraza. No tengo idea, pero es mi historia.

IV

Entonces tal vez esta historia no sea realmente sobre Samson el escritor, ¿o sí?, y sea sobre otra cosa. Sobre las ventanas de Samson el escritor, las que él quiere abrir. Me dijo: yo quiero abrir ventanas. No supe exactamente a qué se refería, porque tantas veces las palabras dan para tanto. Varios sentidos que se agolpan, como la sangre en la cabeza al ponerse pies para arriba. Como esta ciudad, un lugar pies para arriba, en tantos sentidos. El lugar de la alucinación y la victoria, de la derrota absoluta y las mañanas asoleadas para sentirse que la literatura es posible. Es tal vez lo que sintió Samson cuando abrió la ventana, por eso quería seguir abriendo ventanas. Sin detenerse quiso abrirlas. Se debe haber referido a eso. ¿Pero qué exactamente? ¿Quería salir por la ventana? ¿Y la puerta? ¿Estaba cerrada? ¿Cuando salimos por la ventana, necesariamente estaba cerrada la puerta? Tal vez no le interesaban las puertas, y sí las ventanas. Las ventanas que parecen librerías, con cascadas, para lanzarse a ese destino incierto que nos persigue los pies constantemente, aunque en ocasiones queremos librarnos, salir disparados hacia otro lado, traspasar el umbral y dirigirse a la playa (queda a unas pocas cuerdas y aquí estoy), porque la literatura a veces no te deja tranquila (nunca jamás), y entonces cuando deberías estar en la playa bajo un quitasol verde estás con las palabras y las historias de Samson el escritor, porque la literatura se trata sobre una esclavitud que no deja intersticios para respirar, porque Samson en su castillo con atardeceres anaranjados está maldiciendo este calor desde el cual no puede escapar y que le llena las venas de sangre porque se van dilatando cada vez más y las historias lo ahorcan, y tanto café que no puede dormir, y sale al balcón, y lo único que quiere es olvidar, pero recuerda, recuerda tanto que cree que tiene que salir de esa terraza, y de ese piso, y trasladarse a otro en otro barrio, en un barrio tal vez donde pueda tomar trenes cuando quiera y dirigirse a Francia, para escribir las malditas historias que

ahora odia, porque le han destruido la existencia, porque en el fondo sabe que escribir es estar atrapado, sin remisión posible, en un castillo, y aunque ha querido acercarse a la vida, esta huye, huye, como de la peste negra, y el café no puede dejarlo porque le hace vivir, y otras cosas también le hacen vivir, pero esas no quiere recordarlas, porque no quiere mezclar todas las historias y que ya no se entienda nada. Quiere entender. Eso ya lo zanjó. En cuanto llegó a ese piso hace muchos años, dijo: quiero entender. Saldré por esas ventanas, dijo. Pero nunca sabía cuáles. Quería salir por todas. Entrar por todas. Así no se puede. Las cosas no se dieron como esperaba. Bueno, a veces sí, no todas las veces, ¿varias veces? ¿Más veces sí, o más veces no? Cuánta confusión en esas ventanas. No hay caso. Samson el escritor es la intensidad infernal de esta ciudad en ruinas. De esta ciudad que existe más allá de cualquier ser vivo. Entrar en ella es entrar en la perplejidad. Samson el escritor es la perplejidad absoluta.

V

Samson el escritor dijo voy a leer los aforismos de Kafka, así todo tendrá sentido, pero luego estaba lejos más confundido que antes, y más encima lejos. Se fue muy lejos, tomó ese libro, y todo fue la debacle. Cómo se vuelve, se preguntaba ahora. Tampoco sabía si quería volver. Creía a veces seguir estando allá, pero no lo estaba para nada, y Kafka no estaba ayudando en ningún sentido. Para qué quieres seguir estando allá, le dije. Le entregué el libro de los aforismos de Kafka. Todo fue quizá mi culpa, como las manzanas esas del árbol. Yo le dije, lee estos aforismos, y listo. A qué te refieres, quiso saber. Yo tampoco supe a qué se refería. Había tal vez un problema de comunicación, que luego habría que combatir en el desvelo causado por el café. Pero si no tomamos café, me dijo. Cierto, le dije. Pero es como que lo hubiésemos tomado, ¿no?, pregunté. ¿Como una sustancia infalible?, quiso saber. No había caso, no nos entendíamos. Una apariencia de comprensión en un desierto de libros por leer. De aforismos por entender, uno por uno, uno por uno, ir repasándolos para sacar cosas en claro, casi exactamente igual que existir. Estoy cansado de estos aforismos ininteligibles, me dijo. ¿No se entienden?, le pregunté. A ver leamos, propuse. Comenzamos. Abrimos el libro en el número 1: “El camino verdadero pasa por una cuerda que no está tendida en lo alto, sino muy cerca del suelo. Parece hecha más para tropezar que para andar por ella.” Está todo muy claro me parece, afirmé. No hay nitidez en relación a cuál es el camino verdadero, respondió. Me quedé observándolo sin decir palabra. Debe estar pensando en eso de las ventanas, me dije para mis adentros. ¿Cuál es la ventana correcta?, se preguntó en voz alta luego de un momento, parecía más una pregunta que se hacía a sí mismo que una interrogante dirigida a alguien. Por esta razón seguí sin decir palabra. En relación al

camino verdadero, no tengo pista alguna. Tal vez por eso no quería acercarme a la pregunta de las ventanas. No quería ni estar cerca de esa pregunta. No quería una y otra vez quemarme con preguntas, porque esas interrogantes de fuego me dejan en el punto cero una y otra vez. Sin duda me habría gustado salir por una ventana con mi libro de aforismos en ese momento, o lanzarme en la cascada que el lugar ofrecía como propia, una cascada que ellos habían construido ahí para imaginar salidas posibles, un gran abanico de ventanas para redactar las líneas del caos total, el caos real, el que siempre busqué y tal vez ahora sé qué era lo que estaba buscando: aforismos para guiarme en el arte. ¿En el arte de vivir? En algún tipo de arte que intento entender. Que intento crear. Resolví contestar su pregunta. La ventana correcta es aquella donde se ve el mar. O el río, respondió. Cierto, le dije. ¿El río que llega al mar? Tienden a llegar al mar, contestó. Cierto, asentí. Tal vez lo bueno es tropezar con la cuerda verdadera. Lo verdadero, lo que sea que eso signifique. Sigamos leyendo los aforismos, le propuse. Tal vez haya más respuestas. No quiero más respuestas, contestó. Ya he tenido suficiente. Ahora quieres ventanas, le dije. Eso ya lo sé, agregué. Exacto, me dijo. Comenzábamos a entendernos. Pero todavía estaban ahí los aforismos, para perderse sin vuelta atrás.

VI

Quién es Samson el escritor. No tengo ni la menor idea. Sólo sé que nació un mes y un día antes que yo, y que estuvo en mi casa, mientras yo no estaba. Sólo sé que estuvo en mi comedor y mi cocina. En mi salón y en mi habitación, y yo nada, lejos, muy lejos. Parece la historia de los osos y ricitos de oro. En este caso él es ricitos de oro, y yo un animal salvaje, que tiene una casa, con un comedor, una cocina, un salón, una habitación, y libros. Varios libros en estanterías, que Samson el escritor fue observando durante su estadía en mi casa, sin saber por dónde comenzar ni dónde proseguir. Debe haberse sentado en la silla y haberse acostado en la cama, igual que la niña del cuento, pero yo no llegué como una bestia a preguntar quién estuvo sentado ni acostado, porque yo estuve de acuerdo con que él tuviese las llaves, y entrara. No tenía ni la menor idea quién es, pero le dije, de acuerdo, yo voy a tu terraza cálida de los atardeceres anaranjados, y tú vienes a mi balcón mágico frente al río, a hacer lo que estimes, porque eso no lo acordamos para nada, porque no habría osado en imponer conducta alguna, como Samson el escritor escribe, supuse que escribiría algo, o tal vez no, tal vez quería justamente descansar de esa pluma endemoniada y caminar por las calles de Lyon a la luz de las estrellas celestes, en esos días de canícula maléfica. Tal vez Samson el escritor se derretió en mi balcón, así como yo me derretí en su terraza, y por eso no tuve más noticias de él. No es cierto, lo vi en una librería, días después cuando él había tomado un

tren de vuelta, y yo todavía ningún tren de vuelta, entonces en la misma ciudad esta vez, pudimos entrar por ventanas y lanzarnos a las cascadas, para que la temperatura que arreciaba no acabara con nuestras vidas, así como estaba acabando con la existencia en el planeta. Ahora la ciudad se encuentra bajo una lluvia tropical, con truenos estridentes y relámpagos salvajes, como los osos esos del cuento. Pero vivían en una casa, con camas y sillas, igual que Samson el escritor y yo. Lisa, dónde escribes en ese piso, eso quería preguntarte, me dijo. Depende de la estación del año, le contesté. Sigo al sol adonde quiera llevarme. Tal vez pensó que pertenecía a una especie de secta mística: no. Miro el río, le dije, o el verde, necesito alguna ventana cerca, cielo, bosque, agua, nubes, luces de colores, explosiones. Ah, ventanas, me dijo. A qué te refieres, quise saber. Yo también necesito de las ventanas, me dijo. Quiero entrar por ellas. Entrar adónde, le pregunté. No sé bien todavía, entrar. ¿Entrar solamente? ¿Nunca salir? Nunca, me dijo. Luego se rio. Salir, por supuesto, siempre hay que salir. De acuerdo, le dije. A mí también me gusta salir, afirmé. ¿Salir con alguien? Bueno, depende con quién, respondí con franqueza. Se quedó en silencio, serio. Como si yo había dicho alguna especie de respuesta capciosa que debía descifrar. De acuerdo, afirmó. ¿Tú sales con cualquier persona?, quise saber, luego de su afirmación que contenía una cierta decepción en el tono. A qué te refieres, preguntó. No sé bien, le dije. Más bien tú comenzaste con esto de salir y entrar por las ventanas, o entrar y salir en general, o entrar y salir de alguna manera que te pertenece y que tal vez me excede y no puedo entender en este momento, agregué. Sonrió como si yo hubiese dicho una especie de broma, o algo que abría las posibilidades de aquel atardecer extraño y fascinante en la biblioteca de las ventanas infinitas. A mí me gusta entrar, concluyó. De acuerdo, respondí. Parecía los aforismos de Kafka, tal vez los había leído antes de llegar, antes de que yo le pasara el libro, tal vez lo componían incluso antes de saber de la existencia de estos aforismos misteriosos del viaje eterno al desierto de la mística celestial y lunar de la tierra de la sin forma y de tanta forma que termina uno aplastado como intentando entrar a castillos cerrados, y no ventanas. ¿Por dónde entraste?, me preguntó. ¿A la librería? ¿A la cafetería? ¿A tu casa? ¿A la mía? Entonces recordamos que teníamos las llaves. Las llaves de la felicidad y la literatura eterna y refulgente. Me gusta ir a la playa, dije, y bañarme en el mar. De acuerdo, dijo. A mí me gusta andar en bicicleta y pensar ideas en el gran parque junto al lago con garzas. De acuerdo, respondí. Casi olvidamos las llaves, le dije. ¿De la felicidad?, preguntó. De la literatura eterna y refulgente, afirmé. Salimos por la ventana. Por qué no. Ya que habíamos insistido en nuestra intención de entrar y salir por ventanas, o más bien él había sido enfático en que eso era lo que él iba a hacer, nos dirigimos a la ventana, y salimos. Luego la noche se fundió con el día siguiente mientras yo caminaba por la ciudad, y él no tengo idea. Porque como dije, no sé nada de su vida, sólo que le gusta

andar en bicicleta, y que estuvo en mi casa, mientras yo no estaba. Acordamos volver a intercambiar nuestras terrazas y balcones, y tal vez un día, quién sabe, alguna otra cosa, pero eso no se habló en ese momento ni en ningún otro, y ahora que lo anoto aquí pienso que no tiene sentido, y entonces termino aquí para que la lluvia tropical de la noche no me lleve a desvaríos innecesarios como escribir novelas sobre aforismos impenetrables y ventanas inexplicables para la razón y los sentidos abiertos a la debacle, como ocurre en ocasiones, esas del calor y las emociones literarias todopoderosas.

VII

Cuántas ventanas hay, preguntó. ¿En mi casa? ¿En mi vida? En tu vida, contestó. Ah, pensé que en mi casa, respondí. Eso es secundario, dijo. De acuerdo, afirmé. Sé para dónde vas. Ah, fantástico, dijo. Porque yo no tengo idea. ¿No sabes para dónde vas? No te voy a poder ayudar con eso, afirmé con seguridad. ¿Te pedí ayuda?, preguntó con seriedad. No específicamente, respondí. Estará agitado con su novela, pensé. Discúlpame, dijo. Estoy un poco nervioso con lo de la novela, agregó. No hay problema, respondí. ¿Cuándo es el lanzamiento?, le pregunté. El próximo mes, dijo mirándome fijamente. Lástima, le dije, me habría gustado asistir, pero me voy de vuelta en un par de semanas. Te enviaré una copia para que la leas, me dijo sonriendo. Me encantaría leerla, respondí. ¿Hay ventanas?, pregunté. Es la Gran Ventana. De acuerdo, afirmé. Promete. No sé cuántas hay en mi vida, le dije. Quedó en el tintero esa pregunta, afirmé. Cierto, asintió. Cuántas *quieres* que haya, preguntó. ¿Cuántas? ¿A qué te refieres? Me pierdo al contar, le dije. Sólo sé escribir, agregué. Entiendo, respondió. ¿Cuántas hay en la tuya?, quise saber. Me canso de entrar y salir, respondió. De acuerdo, dije. Te entiendo, dije con seguridad. No estoy seguro que me entiendas, dijo con seriedad. Parecía el eterno retorno la conversación. Mira, le dije, salgamos por la Gran Ventana. Para no seguir en esta dinámica extraña que nadie entiende. ¿A qué te refieres?, preguntó. Tú tampoco entiendes entonces, afirmé. Pruébame, dijo. Por un momento creí estar en una película de Estados Unidos, o en una canción, como la de James Brown. ¿Esto es una novela o qué?, le dije. Porque este diálogo no nos está llevando a ningún lado, tal vez como los aforismos de Kafka. Se sintió ofendido. De todas maneras no sabes adónde vas, agregué. Mira, me dijo, no sé por dónde voy, pero sé adónde quiero llegar, dijo nuevamente con seriedad, aunque luego sonrió. Excelente, respondí. Eso es tal vez lo más importante, agregué. ¿A la Gran Ventana? Exactamente, asintió. ¿Cómo supiste? Leí los aforismos de Kafka, le dije. Ahora entiendo, dijo. Fantástico, le dije. Porque yo no entendí nada. Se quedó en silencio un momento. Esta conversación parece el eterno retorno, afirmó. Exacto, asentí. Pero la Gran Ventana tal vez es el Eterno Retorno, propuse. Entrar y salir,

claro, afirmó. Ahí está, le dije. Ahora ya tenemos todo claro. Nos entendemos perfectamente, me dijo. Estaba pensando lo mismo, le dije. Todo partió tan confuso, y mira, ahora, todo solucionado, sugerí. Pidamos una cerveza, propuso. ¿Ahora?, pregunté. Es muy tarde para un café. ¿Después no puedes dormir? Exactamente, asintió. El Eterno Retorno y la Gran Ventana. La terraza y el atardecer. El balcón y el río. ¿No te cansas de escribir a veces?, preguntó. ¿Del Eterno Retorno y la Gran Ventana?, pregunté yo. No, le dije. ¿Tú? No sé, respondió. Creo que a veces sí, agregó. Mira, le dije, este capítulo ya me tiene cansada, dejémoslo hasta acá. Es que es tarde, afirmó. Sigamos mañana, propuso. De acuerdo, afirmé. Cerraban el café. Salimos a la acera (olvidemos la ventana).

VIII

Lo importante son las ventanas, me dijo Samson el escritor. Tan pequeño, tan lejano era todo en comparación con lo esencial, como dice Kafka en su carta al padre, agregó. Huir a otro sitio, le dije. Donde yo vivía era un réprobo, un condenado, un vencido, como escribió Kafka, contesté. ¿Huiste por eso?, me preguntó. Hay algo de eso, sí, contesté. ¿Tú?, pregunté. Yo quería dedicarme a la música, respondió. Yo quería dedicarme a la literatura, afirmé. Aunque inicialmente quería estudiar música, pero finalmente me dediqué a intentar la justicia. Te imaginarás que fue un camino escarpado. Un camino reprobado, condenado, vencido de antemano. Verdadera libertad para elegir oficio, escribió Kafka, no la había para mí, yo sabía que, en comparación con lo esencial, todo me iba a ser tan indiferente como las asignaturas que estudié en el instituto, así que se trataba de encontrar un oficio que, sin herir demasiado mi vanidad, me permitiese sobre todo seguir teniendo esa indiferencia, citó Samson. Kafka estudió derecho, afirmé. También química dos semanas y filología germánica seis meses, dijo Samson. A mí me gusta lo siguiente de esa carta al padre, le dije: no es necesario volar hasta el centro del sol, pero sí arrastrarse hasta algún lugar de la tierra, pequeño y limpio, donde a veces brille el sol y uno pueda calentarse un poco. Persigues el sol, esa información la retuve, dijo. Tú las ventanas, esa información también la retuve, contesté. No me dijiste dónde escribías tú en mi piso, pregunté. Frente a la ventana de la habitación, la que da al balcón, contestó. De acuerdo, afirmé. Mirando al río. Claro, me dijo. Para mí el agua es lo más importante.

IX

Tal vez las ventanas está descrito en esta parte de la carta al padre, le dije. Escribe Kafka: “Pero mucho más importante al respecto es el miedo en cuanto a mí mismo. Eso hay que entenderlo del siguiente modo: ya he insinuado que con mi quehacer literario y con todo lo relacionado con esa actividad he hecho pequeñas tentativas de independencia, tentativas de evasión de mínimo éxito, que apenas llevarán más lejos, hay muchas cosas que me lo confirman. Y sin embargo es mi deber, o mejor dicho, la esencia misma de mi vida, velar por ellas, no dejar que se acerque a ellas ningún peligro que yo pueda ahuyentar, y ni siquiera la posibilidad de tal peligro. El matrimonio es la posibilidad de ese peligro, aunque también la posibilidad de su mayor salvaguarda, pero a mí me basta que sea la posibilidad de un peligro. ¡Qué haría yo si el matrimonio fuera en efecto un peligro! ¡Cómo iba a poder seguir viviendo en el matrimonio con la sensación, tal vez indemostrable pero en cualquier caso innegable, de ese peligro! Sin duda, frente a ese dilema puedo vacilar, pero la decisión final está clara, tengo que renunciar. La comparación del pájaro en mano y ciento volando sólo se puede aplicar aquí muy relativamente. En la mano no tengo nada, volando está todo y sin embargo - así lo determinan las condiciones del combate y las necesidades de la vida- tengo que elegir la nada. De modo semejante tuve que proceder al elegir profesión.”

X

La Gran Ventana es entonces huir del peligro, del peligro de dejar de escribir, le dije. ¿Es eso?, le pregunté. ¿De eso se trata tu libro?, quise saber. Me miró abatido, como si la evasión no fuera en realidad posible jamás. Llegaste tan lejos, le dije. Igual que tú, me dijo, huiste lo más lejos posible. No sé bien si fue una huida, le dije. Partí pasados los treinta. Tú partiste a los treinta, un poco antes que yo, ¿no?, creo que lo mío fue convicción más que otra cosa, agregué. Hastío más que huida. Necesitaba escribir y distancia, afirmé. Creo que uno siempre se va lejos para escribir, ¿no?, afirmó. Es posible, asentí. ¿Hay una especie de intimidación y peligro de estar ahí crees?, pregunté. Es muy probable, contestó.

XI

La historia es así, Lisa la escritora y Samson el escritor intercambian pisos. Leen los aforismos y no encuentran evasión alguna. Lo único que hay es peligro, todo el tiempo peligro, ¿pero de qué? No tienen idea. Hay bastante confusión y dos ciudades intensas y autónomas. Jazz y teatro. Ópera y todo eso que persigue los pasos cuando uno no lo espera. La playa profunda y los descubrimientos. La música y los libros. Evadir, evadir,

redactar aforismos inconducentes, no como los de Kafka, por supuesto. Algo distinto, algo sin forma, y las preguntas que taladran el calor para abrir un espacio en el verano inclemente. Las preguntas están de todas maneras todo el tiempo ahí, verano, otoño, invierno, primavera. En el verano más amigables, en el otoño, una puñalada que aniquila. Grandes ventanas en verano y el sol entrando a la habitación desnuda de aforismos. Porque a veces es mejor no intentarlo. No intentar nada. También está eso. Intentar, y no intentar. Hay que elegir. Renunciar, como dice Kafka. Decir, la pluma, los peligros, la vida, los condicionamientos, las libertades, los triunfos, los sinsabores, la alegría, los atardeceres, las terrazas, y los ríos. No se puede tener todo. Pero al menos tener algo, o nada, como Kafka. Elegir la nada, de todos esos pájaros volando, de todos esos pájaros electrocutados con la corriente, con los cables de alta tensión, y crucifijos, para detestar aún más haber nacido en una patria conservadora y desmemoriada. Una patria de la música y la poesía, una patria sin treguas posibles, y partir, lejos, para elegir la nada, una y otra vez, y redactar líneas en el verano misterioso e intenso, como la existencia misma, y todos esos intentos vanos pero que son la esencia misma de la vida, porque Kafka en definitiva lo entendió todo, aunque siempre lo sufrió en su cuerpo, y en sus expectativas frustradas, como suele ocurrir, pero está esa luz extraña al final del túnel, que hace que el esfuerzo siga, porque también es disfrutar.

XII

Lo que me hace vivir a mí son las historias. Casi cualquier historia puede ser buena, pero depende cómo sea descrita. ¿Eso es todo? Esta historia comenzó simultáneamente en dos lugares. ¿Existe eso? Claro que sí. En esta sucede así, ya lo constatamos. Comenzó en dos pisos vacíos, y luego ricitos de oro y los osos. Llaves y días por delante para soñar algo como nuevos libros y nuevas aventuras, y nuevos fracasos, y nuevas expectativas, y nuevas plantas por regar y cafés para preparar para a continuación no poder dormir. La clave de la historia está en los castillos. En los castillos de papel, y en los castillos de piedra maciza. Tal vez toda esta historia de Samson el escritor es una historia que inventé del principio al final, de cabo a rabo, como se dice, desde la primera página hasta la última, y absolutamente nada de lo que está consignado en estas páginas sucedió así como lo dije, o sucedió del todo, siempre está esa duda (infalible) con la ficción. Me gusta tu literatura, me dijo Samson. Me recuerda a Annie Ernaux. Vaya, contesté. Gracias, soy una gran admiradora de su literatura, agregué. Lo bueno de la ficción es cuánto inventamos, y cuán real parecen los sucesos a la vista. Como un pez que se infla y se ilumina en el fondo del mar, así es la ficción, algo imposible de encontrar, pero que nos causa curiosidad, pero terminamos siguiendo porque tal vez el pez conozca

los escondites de las cosas interesantes que hay al fondo de ese océano que no perdona, de ese océano que nos vio nacer y ahí nos quedamos, paralizados ante tal magnitud, como Nicanor Parra, ahí nos quedamos, inmóviles frente al milagro, y prometimos dedicarle la vida completa, porque la esencia se busca y se encuentra.

XIII

La historia de Samson tiene varias aristas, las ventanas, el arte, la esencia, y el verano. Partir, sobre todo. Partir lejos de casa, a otra casa, a otra ciudad, a otro país, a otra vida. La literatura es lo que atrae, la posibilidad de la literatura. La posibilidad de describir la existencia para que tenga sentido. Crear un sentido que las cosas a veces no nos entregan para nada. Los vínculos que construimos, que a veces tampoco, y en muchas ocasiones, sí. Pero cada vez de manera más excepcional con el tiempo. Atesoramos aquellos vínculos que nos dan sentido, que no son tantos. Pero más que suficientes para vivir. Porque estar encerrado en el castillo va disminuyendo la frecuencia de los encuentros. La nada se vuelve una vida. Las palabras. Creo que es lo que intentamos comprender con Samson en el lugar de las ventanas: el origen de las palabras. En qué maletas las agrupamos, hacia dónde las llevamos, qué trato les damos, cuánto queremos publicarlas o no, cuánto queremos exponernos, de qué manera, cuánto cuestan las palabras, cuánto nos desmoralizan, cuánto nos dan miedo, hasta dónde somos capaces de llegar, qué esperamos de ellas, y cuál es el sentido real de todo esto, si tiene alguno.

XIV

En este verano implacable, como la vida en general, en el que Samson el escritor, que nació en 1980, igual que yo, está en la mitad de su vida, yo escribí unas palabras en un piso en la Barceloneta, cerca del mar, luego de aquella azotea vehemente cercana al mercado de Sant Antoni en la intensa y desmesurada ciudad de Barcelona. Escribí unas palabras porque es lo que sé hacer, y la razón por la que existo en esta latitud del universo celeste. Un planeta tierra lleno de aspectos más que extraños, pero lleno de literatura y bibliotecas con ventanas, y librerías con información esencial para existir sin lanzarse en picada a las cascadas para acabarlo todo. Samson el escritor es un ente atrapado en un castillo, como suelen estar quienes imaginan el arte que pueda modificar algo, aunque sea una mínima porción, una ínfima fracción de esta existencia descarada y opresiva a ratos, y llena de sol y de olas informes en otros. Siempre está la pregunta de la continuación de las obras, pero es tal vez lo que nos da la vida. Qué viene ahora, decimos.

La respuesta siempre es: inventar lo que viene. Imaginarlo, e ir a la playa, sin miedo, e ir a las nuevas ciudades y los nuevos pisos y redactar las obras para que el fracaso no sea tan absoluto. Para que una parte del fracaso nos pertenezca, y una parte no, como suele suceder. Para que la sensación del fracaso no nos impida de todas maneras seguir viviendo, para seguir adelante más allá de los cuarenta, como no le ocurrió a Kafka, y para que la literatura signifique algo concreto, algo firme y material como un castillo, algo ilusorio y apasionado como es el quehacer de las palabras y el arte, algo que soñamos, pero que nunca tiene una cara definida, porque existir, ya lo sabemos, es confuso, como un aforismo, y sólo queda seguir leyendo, y amando, y llorando, y tal vez, sin peligros a ratos, escribiendo. Samson el escritor es una metáfora de lo que viene hacia delante, seguir ocultando el miedo de no encontrar la forma de las descripciones, y que nada de lo que deseamos se pliegue a nuestra ambición tantas veces excesiva, a nuestras esperanzas vanas, a nuestra desilusión olvidada, y a nuestras obras futuras que todavía no somos capaces de imaginar. Pero para eso huimos, pero para eso partimos, un día, un atardecer, para llegar al verano y redactar líneas en una azotea vacía. En una azotea al sol, inmensa como el vacío, y comprender, un día, qué había tras esas ventanas por las que dejamos la vida segura para internarnos en el paraíso de la incertidumbre anaranjada como el sol despidiéndose en una terraza desconocida.

Obras literarias de la autora

Los libros de poesía:

Hadas y realidades, 2007.

En el bosque y todos sus rincones, 2008.

Duende, 2008.

Femme/ Homme, 2009.

Textos para la iluminación, 2010.

La novela Antonia Serrat y el caos, compuesta por los libros:

Cambia el sentir un amante, 2011.

Antonia Serrat y el caos, 2012.

Menos locura y más romanticismo, 2013.

La serie de prosa y poesía Almendra, compuesta por los libros:

Al fin solos (Almendra en Barcelona, Amande à Lyon), 2014.

Du und ich. Almendra, la passion et le désespoir, 2015.

The Sun machine is coming down, and Almendra Flaubert and I are going to have a party, 2016.

La serie de prosa y poesía Mia Bélane a la intemperie, compuesta por los libros:

Mia Bélane a la intemperie, 2017.

Héloïse Balart-Perrier y el comienzo, 2018.

Océane R hacia lo humano ilimitado, 2019.

Ô ma Lisa la fête continue y podemos maravillarnos, 2020.

La novela Afuera, compuesta por los libros:

Afuera (o sin barandilla), 2016.

Un poco más afuera (o a la intemperie), 2017.

Definitivamente afuera (o en la mira), 2019.

Los libros de prosa y poesía:

El amor perfecto / L'amour parfait, 2019.

Amour chien pour les grands voyageurs de l'amour !, 2018.

La serie de prosa y poesía Relatos de bastardos, compuesta por los libros:

Relatos de bastardos y otros textos, 2020.

Relatos de bastardos II y otros textos, 2020.

La serie de prosa y poesía Cassandre, compuesta por los libros:

Cassandre de B. en résistance à Lyon, 2021.

Cassandre de B. et l'amour, la mort, le cataclysme, 2022.

Cassandre de B. y la posibilidad del amor, 2023.

Cassandre, 2023.

Los libros de prosa:

Love, 2023.

Serpaize, 2025, edición bilingüe.

La serie de prosa Caos, compuesta por los libros:

Caos, 2023.

Caos II, 2023.

Caos III, 2023.

Caos IV, 2023.

Caos V, 2023.

Caos VI, 2023.

Caos VII, 2023.

Caos VIII, 2023.

Caos IX, 2023.

Caos X, 2023.

La novela Lisa, compuesta por los libros:

Lisa, 2023.

Lisa II, 2023.

Lisa III, 2023.

Clarisse, 2023.

Clarisse II, 2023.

Clarisse III, 2023.

Jade, 2023.

Jade II, 2023.

Jade III, 2023.

Gabrielle, 2023.

Gabrielle II, 2023.

Gabrielle III, 2023.

Louise, 2023.

Louise II, 2023.

Louise III, 2023.

La serie de prosa Île Noire, compuesta por los libros:

Jazz, 2024.

Île Noire, 2024.

La serie de prosa Agustina, compuesta por los libros:

Agustina, 2024.

Margarita, 2024.

La serie de prosa Creatividad, compuesta por los libros:

Desarmar, 2024.
Creatividad, 2024.
Poesía, 2024.
Rock, 2024.
Euforia, 2024.
Éxtasis, 2024.

Los libros de prosa:

Aldo, 2024.
Hugo, 2024.
Chile, 2024.
Chile (writings and pictures), trilingual edition, 2024.

La novela Lisa en la mira, compuesta por los libros:

Lisa en la mira, 2024.
Eva, 2024.
Simone Lucie, 2024

La serie de prosa Uranie, compuesta por los libros:

Uranie, edición bilingüe, 2024.
Revolución 9, edición bilingüe, 2024.
Diotime, edición bilingüe, 2024.
Lo democrático-romántico, edición bilingüe, 2024.
Desire, edición bilingüe, 2024.
Alchimie, edición bilingüe, 2024.
Armendariz, edición bilingüe, 2024.

La novela-guion-poema:

La bibliothèque nomade, 2024.
La biblioteca nómada, 2024

La novela Lisa en la Rue des Fantasques, compuesta por los libros:

Camille, 2024.
Romane, 2024.
Lisa en la Rue des Fantasques, 2024.

La serie de prosa Literatura, compuesta por los libros:

Jean, 2025.
Doris May, 2025.
Literatura, 2025.
Activismo, 2025.
Escritora, 2025.
The Book Machine, 2025.

La novela Lisa y la intemperie feminista, compuesta por los libros:

Lisa y la intemperie feminista, 2025.

Virginie, 2025.

Doris, 2025.

Ani, 2025.

Héloïse, 2025.

Juliette, 2025.

Hanna, 2025.

Bell Gloria, 2025.

Nora, 2025.

Violette, 2025.

May, 2025.

Jane, 2025.

Los libros de prosa:

Andrea Armendariz, 2025.

Bruno, 2025.

La novela Lisa Barthes y la ficción, compuesta por los libros:

Lisa Barthes y la ficción, 2025.

Cosmos, 2025.

Parnaso, 2025.

Teatro, 2025.

Mito, 2025.

Ópera, 2025.

Fantasía, 2025.

Misterio, 2025.

Viaje, 2025.

La novela:

Lisa Lyon Barthes y el arte, 2025.

Lyon, agosto de 2025.

φ
Fée Éditions
Intemperie Ediciones
Lyon